

ARCHIVO HISPALENSE

REVISTA HISTÓRICA, LITERARIA Y ARTÍSTICA

2.ª É P O C A

Año 1953 - Núms. 61 y 62



SEVILLA

PUBLICACIONES DEL PATRONATO DE CULTURA
DE LA EXCMA. DIPUTACIÓN PROVINCIAL





Que no puedo valerte,
Rey de los hombres;
que valerte no puedo,
pero no llores.

Pan de mi carne henchido,
luz de mi noche,
custodiado lucero,
no te acongojes.

Si estás desnudo y solo,
sobran vellones
en las blancas ovejas
de los pastores.

Si estás solo y desnudo,
Rey de los hombres,
te brindarán mis brazos
consuelo y goce.

Que darte más no puede
quien te dió el nombre;
¡que más no puede darte,
pero no llores!

LUIS ROSALES

De NAVIDAD



EL DIRECTOR

DE LA REVISTA

ARCHIVO HISPALENSE

LE DESEA

FELIZ NAVIDAD

Y VENTUROSO AÑO

1954



SEVILLA, DICIEMBRE 1953



IMPRESA PROVINCIAL
SAN LUIS, 27 — SEVILLA



ARCHIVO HISPALENSE

REVISTA

HISTÓRICA, LITERARIA

Y ARTÍSTICA

EJEMPLAR NÚM. **504**

ARCHIVO HISPANSE

ATLANTA

HISTORICA LITERARIA

Y ARQUITECTURA



IMPRESO EN ESPAÑA.

PRINTED IN SPAIN.

EN LOS TALLERES DE LA IMPRENTA PROVINCIAL
SAN LUIS, 27. — SEVILLA.

ARCHIVO HISPALENSE

REVISTA
HISTÓRICA, LITERARIA
Y ARTÍSTICA

PUBLICACIÓN BIMESTRAL

39

2.^a Época
Año 1953



Tomo XIX
Núms. 61-62

PUBLICACIONES DEL PATRONATO DE CULTURA
DE LA EXCMA. DIPUTACIÓN PROVINCIAL
SEVILLA

ARCHIVO HISPALENSE

REVISTA HISTÓRICA, LITERARIA Y ARTÍSTICA

1953

SEPTIEMBRE - OCTUBRE - NOVIEMBRE - DICIEMBRE

Núms. 61-62

CONSEJO DE REDACCIÓN

Don Ramón de Carranza y Gómez, marqués de Soto Hermoso, Presidente de la Excm. Diputación Provincial.—D. Angel Camacho Baños.—D. Eloy Domínguez Rodiño.—D. Carlos García Oviedo.—D. José Hernández Díaz.—D. Manuel Justiniano Martínez.—D. Celestino López Martínez.—D. Joaquín Romero Murube.—D. Francisco Ruiz Esquivel.—D. Federico Villanova Hoppe.—Director, Don Luis Toro Buiza.—Secretario, D. José Andrés Vázquez.

SUMARIO

Págs.

ARTICULOS ORIGINALES

Jesús de las Cuevas.— <i>Félix José Reinoso y José M.^a Roldán. Dos sevillanos ilustres. Aspectos inéditos</i>	133
Antonio Domínguez Ortiz.— <i>Armenios en Sevilla</i>	189
Julio Estefanía.— <i>Una rima de Bécquer</i>	197

MISCELANEA

J. de M. Carriazo.— <i>Una edición del texto portugués de la «Crónica General de 1344»</i>	223
Juan J. Rivera.— <i>La imagen de Nuestra Señora de Consolación, Patrona de Osuna</i>	231
José Guerrero Lovillo.— <i>Pinturas murales sevillanas</i>	235
J. A. V.— <i>Hipólito Raposo</i>	241

LIBROS: Varios.....	243
---------------------	-----

CRÍTICA DE ARTE: { <i>Música</i> , Norberto Almandoz..... } 253	
{ <i>Pintura y Escultura</i> , J. Guerrero Lovillo..... }	

CRÓNICA: El Cronista Oficial de la Provincia.— <i>Enero y febrero, 1947</i> ...	265
---	-----

ARTICULOS ORIGINALES

ARTICULOS

ARTICULOS ORIGINALES

UNA RIMA DE BÉCQUER

NOVELA DE SEVILLA

*A todos los que sufrieron,
bajo el cielo de Sevilla, tris-
tezas de amor.*

I

HE conseguido instalarme en una casa de mi barrio preferido. Yo le había escrito a un amigo fiel: «búscame una casa en San Lorenzo, lo más cerca posible de la Plaza». Es una pequeña casa con jardín al fondo y un patio pequeñito y blanco. Dos habitaciones bajas, en una de las cuales he instalado mi despacho de escritor errante. No sé el tiempo que permaneceré aquí. Mi soltería es inquieta y andariega. Vengo de recorrer Europa y, después de diez años de ausencia de Sevilla, he sentido más fuerte que nunca el tirón del nativo solar.

Llegué anoche. De la estación fuí directamente a mi casa. Hubiera querido dar un rodeo para ver algo de la ciudad. Cuando llegó el coche a San Lorenzo eran las once. Llovía. Me esperaba la vieja doméstica —se llama Rosa—, que igualmente mi amigo me ha procurado. Creo que lo voy a pasar bien aquí. No pronunciaré conferencias, ni pienso escribir nada y quiero pasar lo más incógnito posible. Si alguna amistad vieja se tropieza conmigo, la saludo, y en paz.

Al despertarme bien entrada la mañana, el tiempo había cambiado. Mi dormitorio tiene un balcón desde el cual se ve perfectamente la bella, querida plaza. La señorial iglesia —nada menos que el Gran Poder en su joyero— imprime al contorno un aire de severidad. Severidad no exenta de gracia. Casi todo permanece igual a cuando yo jugaba de niño por ahí. Como la proa de un barco, la minúscula tiendecita donde tuve la primera novia. Los recuerdos vienen a mi mente, dulcificados por el

transcurso de la vida. Y allí está el árbol —se conserva joven, orgulloso, mientras yo voy alcanzando la cincuentena— junto al que Rosarito, con sus trece años tan puros, me dijo que «sí». Castos amores de otros tiempos, amores que no eran siquiera eso; amores, sino amar el amor, y que ahora, en la pantalla del recuerdo perfuman con su pureza. Ella se casó con otro y yo permanecí soltero, esclavo de mi voluntaria y agria soledad, porque no encontré en mi lucha y en mis sueños esa «media naranja» que el mundo dice.

Esta Sevilla que tengo a mis pies y al alcance de mis ojos, yo creo que es la auténtica Sevilla. Me dicen que se construyen ahora casas que no tienen nada de sevillanas, y le doy la razón a un gran artista y gran sevillano: Alfonso Grosso, cuando dijo en el Ateneo que la arquitectura de la ciudad se había estropeado hasta el punto que ahora en Sevilla no se hacían casas sino «estanterías para personas». Yo creo que en un libro mío hice referencia a ésto.

Lo primero que he hecho esta mañana es llegar hasta la iglesia donde recibe culto el Señor del Gran Poder. Qué cantidad de recuerdos me estrujan el alma cuando llego al umbral de la iglesia. Mis años infantiles vuelven a mí con todo su cortejo de dulces realidades. Yo vivía de niño en la calle del Conde de Barajas, casi vecino de aquella casa donde nació Bécquer y que después fué la morada de un torero. Dobles influencias se adueñaban de mí. Creo recordar que mis primeras lecturas —el novio de mi prima Concha era un romántico— fueron las «Rimas» del celeste poeta desgraciado. Algunas tardes, de regreso del colegio, el novio de la criada, criado de Fuentes —¡Antonio Fuentes!—, me llevaba a la casa, y tengo una vaga memoria de patinillos en flor, con hilos de agua y canciones de pájaros, y de salas con retratos de toreros y cabezas de toros que me producían respeto y estupor. En las largas noches de estío, yo recuerdo que me ponía al balcón de mi casa y escuchaba en el piano de una señorita de enfrente, la alborada del «Señor Joaquín». ¡Cuántas y dulces inquietudes de incipientes idilios hacía brotar en mi corazón de trece años!

Siempre he sido creyente. Ahora, al encontrarme ante el Gran Poder, me ha invadido la emoción. Debo tener un alma endeble porque he sentido que mis ojos se nublaban por el llanto. ¡Qué respeto me ha impuesto el Señor! Le veo «cual le dejé». El no varía. Yo sé que en mis sienes hay cabellos de plata y que mis ojos están fatigados y mis pies cansados de un largo caminar. Pienso que El permitió que se realizara mi sueño... Soy lo que quise ser: un escritor, un poeta. Para mí no existe en toda la gama de las profesiones una que sea más pura y más bella. Heme aquí ante el Señor. Mi madre rezó aquí dos días antes de su muerte. Aquí se casó Rosarito —aquella novia inocente— con el hombre que la hizo desdichada. Y no puedo por menos de sonreír al recordar aquel orgullo de todos nosotros los niños del barrio, poseídos de una superioridad religiosa

y sevillana que nos hacía altivos como emperadores: éramos de San Lorenzo, el barrio aristocrático y dulce, y teníamos nada menos que al Señor del Gran Poder como faro de nuestras vidas. Lo más que podíamos hacer — ¡qué concreta y sana esta decisión de niños! — era igualar en méritos a otras congregaciones, a otras imágenes, como, por ejemplo, la Virgen de la Esperanza en su doble acepción macarena y trianera! Pero ¡ay! el Gran Poder era el Gran Poder, y si preciso era, incluso nos echábamos a pelear en «pedreas» callejeras, batallas con guijarros y valor de las que conservo una cicatriz junto a la sien.

El bello edificio donde fueron instaladas un día las oficinas de Obras Públicas me trae a la memoria mis infantiles miedos. Toda mi niñez estuvo enfermiza de un secreto temor hacia aquella leyenda o historia que referían los mayores. Aquella historia de la joven dama emparedada, en castigo de un ilícito amor. De noche, en la soledad de mi lecho, mi fantasía infantil creía sentir, tras los muros medianeros de mi dormitorio, una como llamada débil de la muerta infeliz. La luz del día venía a desvanecer aquellos fantasmas, y entonces, luego del colegio, la plaza era nuestro reino para jugar, un reino de «taifa» en el que flanqueaban niñeras y soldados nuestras risas y nuestros juegos.

Durante la primavera y el verano, el corro se suspendía para escuchar las noticias que venían de la Maestranza. Belmonte y «Joselito» habían triunfado. Y otra vez, como con las procesiones, se encendía nuestro banderismo. La mayor parte de nosotros, sin haber visto torero alguno, admiraban a José. Yo, no sé por qué razón misteriosa — quizá aquellas fotografías en que aparecía el trianero macilento y triste — era admirador de Juan.

II

Llegó la primavera. Hace unos días que pasó la Semana Santa. La he visto como se debe ver: por las esquinas y buscando los ángulos más puros. Nada de sentarse en una silla para ver las cofradías en carrera oficial. Al Gran Poder le ví salir y le ví llegar. No sé, verdaderamente, si es más emocionante la salida o la llegada. Ya hay nuncios de feria en toda Sevilla. Me dicen que la feria sigue tan hermosa y juncal. Quizá — así me temo yo — haya perdido un poco su sabor antiguo. Es demasiado «mambo» lo que suena por el mundo. No iré. Si acaso, pasearé unas mañanas por el amarillo albero de sus calzadas. Yo siempre he pensado que la mañana en la feria es lo mejor. Está Sevilla recién lavada, recién peinada, acicalada para su gozo. Las Amazonas y los caballistas le dan a la feria un tipismo verdad, no ese sobado tipismo de exportación que los sevillanos padecemos. ¿No será ocasión, por cierto, de alzarse contra todo lo que viene representando una Sevilla falsa, que sólo existe en las creaciones folklóricas de bajo nivel? Y lo mismo pudiera extenderse a

todo lo que quiere presentarse como Andalucía. No hay escritor chirle e ignorante que no escriba sandeces ofreciendo al mundo una Sevilla o una Andalucía de ambiente y personajes que no son nuestra pura verdad. Yo, con todo respeto, digo que creo más esencial el sevillanismo de San Lorenzo, por ejemplo, que el otro, más para turistas de paso, del barrio de Santa Cruz. Antes no se concebía una novela sin un tablillo folklórico; pero yo, con José María Izquierdo, con José Andrés Vázquez, con Joaquín Romero Murube, creo que en una Sevilla más honda y más nuestra se contiene la verdad.

La tarde la he pasado leyendo. Luego daré una vuelta por las calles Teodosio, Santa Clara, Miguel Cid. Son todas estas calles un remanso para la inquietud. Son melancólicas y silenciosas, y, por fortuna, no están rayadas con las paralelas de una línea de tranvías. Se conservan como un ayer en que el coche de caballos era el único medio de locomoción. Da gusto pasear.

¡Qué olor de primavera! Viene un perfume de nadie sabe dónde. Un perfume que me trae añoranzas de aquellos huertos donde, en la tarde estival, veíamos adivinando misterios, una mocita regando sus macetas. Olores que fueron un día incitaciones a secretos paraísos y que, al descenso del sol, nos hacían tornar a nuestras casas con ocultas sensaciones de dichas presentidas. Por el olor de la primavera supimos un día a qué saben unos labios de mujer.

Mientras releo las «Rimas» siento el murmullo del agua en mi jardín. Tenían razón los abuelos moros. Tres sonidos hay que colman el paraíso: el sonido del oro, la voz de la mujer amada, el rumor del agua de una fuente. Abierto el balcón, llegan a mí las voces infantiles. Pero ¿es posible? Lo es. Están jugando las niñas en corro. Dicen el poema de la fuente rota, de «la viudita del conde Laurel» y del «Mabru» de la leyenda. Ignoran estas niñas que esta canción deleitó las horas ingenuas de una Reina de Francia, aquella María Antonieta tan herida por la historia... Luego van cayendo en la hermosa plaza la sombra y el sosiego. Poco a poco se van marchando las niñas, y uno se figura el grato comedor familiar, la mesa con la sopa humeante, en la paz y el silencio... y uno está solo. Se refugia uno en Bécquer. ¿Cómo no pensar en Bécquer? Lo triste es que muchas mujeres de hoy, amigas de la *samba* y del «flirt» ni siquiera han leído al gran poeta...

Al filo de la noche ha venido mi amigo a hacerme compañía. Me acusa de haberme convertido en un ogro sin relación alguna en sociedad. Quiere que vaya con él a una fiesta que va a celebrarse en un palacio. Una fiesta sevillana, dice él. Me asegura que, gracias a Dios, verá pocas caras conocidas. Pero quiere que vea una que me puede interesar. «¿Te acuerdas de Sol Sansores?» ¿No voy a acordarme? Fué mi novia. Me dejó por un joven rico, y yo no tenía más que mis versos. «Pues quiero que conozcas a su hija. Una sevillana integral». Sol San-

sores murió hace seis años. Yo no la volví a ver desde que me fui de Sevilla. La ví en ocasiones pasar con su marido, un industrial muy poderoso, zafío pero riquísimo. Aquellos ojos de Sol, al cruzarse con los míos, no parecían expresar mucha alegría.

*"Una mujer envenenó mi alma;
otra mujer envenenó mi cuerpo..."*

La «Rima de Bécquer», que estaba leyendo. Sonríe al pensar en ciertas coincidencias, y pienso que, a veces, con las palabras de un poeta, sucede como con la Biblia: señala nuestro dedo al azar y siempre encontramos la frase clave, la palabra justa para nuestro estado de espíritu.

¡Sol Sansores, que me dejó porque no tenía dinero!

Y he ido a la fiesta. En lo que mi amigo ha sido un optimista ha sido al decirme que aquéllo era una pura fiesta sevillana. No, por Dios. Mitad y mitad. Cuadro flamenco, «sevillanas» a cargo de profesionales y de señoritas y... baile de sociedad. Tampoco el vals romántico, la danza del XIX, sencilla y espiritual. Exotismo, sí. La fiesta, desde luego, ha sido espléndida. Jardines iluminados, guitarras y orquestas. Bellísimas damitas. Mi amigo, al filo de la media noche, se ha acercado a mí en compañía de una bellísima mujer, morena y alta, que apenas si tiene veinte años. Presentación de ritual. Yo lo he adivinado antes de él decirme:

—Sol Sansores...

Resulta que la muchacha sabe de mis libros. No quisiera ya preguntar; pero quisiera saber... ¿Es que quizás su madre le habló de mí en alguna ocasión? Es inteligente y culta, y tiene un corazón romántico. No se ha separado de mí en toda la noche. Le he tenido que hablar de mis años de niño por aquí y hemos comentado juntos la vida azarosa y triste de Bécquer, el mejor enamorado de San Lorenzo. Ella es del barrio también. Dice que no podría vivir sin escuchar la esquila de las monjitas de Santa Clara y el reloj de la grave iglesia que guarda al Gran Poder. Su padre, me dice, piensa en volver a casar. Va, como un pajarillo loco, de una cosa a otra cosa. Me mira con sus ojos enormes, verdes

*"verdes los tienen las náyades,
verdes los tuvo Minerva",*

como dice Bécquer, y quiere escudriñar mis profundos secretos de solterón empedernido. «¿Por qué no se casa usted?», me ha preguntado de repente. Durante nuestra charla, más de un joven, con todo respeto, se ha acercado a nosotros para invitarla a bailar. Ella no ha accedido. No

le gusta el baile. Y cada joven se va de su lado con el amargor oculto de no haber sostenido en sus brazos a aquella belleza morena.

Y no es que sea gazmoña, no. Incluso se ha atrevido a decirme que «pasará un día por casa para que yo le dé mi último libro». Tiene la decisión de todas las personas que confían mucho en sí mismas, en su defensa personal.

¡Qué guapa es Sol Sansores! Se parece a su madre. Brilla su cabello con fulgores azules. ¿Y sus ojos? Son como dos gemas o dos gotas de menta. Toda su belleza jarifa se enriquece con un ritmo de movimientos gráciles, llenos de euritmia y de gracia natural. Deliciosa chiquilla. Uno —al filo de los cincuenta años— piensa que es un martirio tener tan cerca este tesoro y no poderlo guardar. No ha tenido novio. Ella...

—¿Sabe usted lo de la niña de Don Juan Alba?—me pregunta.

Yo no he caído en que se refería a la canción. Ha querido ella darme a entender algo que no descubro.

Y entonces, con voz suave y aterciopelada, ha empezado la letra de una cancioncilla:

—«La hija de Don Juan Alba dicen que quiere meterse a monja...»

Me he quedado un poco triste. No sé por qué.

III

Tengo tan dentro de mí a Sol Sansores como este barrio que me vió nacer. Hago lo posible por olvidarla. De rodillas ante el Gran Poder he pedido al cielo: «Señor, Tú que todo lo puedes, por qué no apartas de mí este amor que es una locura». Sé que no soy un niño y, además, sé que padezco de una lesión de corazón. ¡Ah! siempre el corazón. Mujeres he tenido a mi albedrío toda la vida, sin jactancias. Todavía me acuerdo de aquella virgen vasca que gustaba que yo le dijese en su idioma veráculo "*Neskacha polita*": «chiquilla bonita» en castellano. Y Rosaura, la portuguesa sentimental, y... a qué seguir. El castigo de los solteros sin remedio es conocer el amor sin que llegue a cuajar. Pero, esta Sol Sansores... Yo he sido sincero con ella. Le he dicho el noviazgo mío con su madre. Y que ella sacrificó su amor por el interés. Me ha escuchado sería —ella, que siempre se ríe—, y me ha dicho que no lo comprende... Que un hombre como yo —¡y viva la vanidad!— merecía otro pago. Algunas tardes viene a verme. Me asombra el valor de esta chiquilla, que no teme a prejuicios sociales. Pero ella me ha dicho claro: «Yo no soy como muchas otras. Soy incapaz de oír una conversación indecente, de congraciarme con un chiste subido de color. Eso me produce repugnancia. Y en cambio no tengo miedo de venir aquí y estar contigo —hace ya meses que suprimió el usted reglamentario—, los dos a solas». Me dice que el amor es sobre todas las cosas de la vida lo que tiene im-



portancia. Hablando de doña Aldonza Coronel, sobre la cual hay leyenda más que historia, la justifica por su amor a Don Pedro I de Castilla. Tiene beligerancia para las pecadoras de amor, pero rechaza que del amor se haga producto de compra y venta. Admira las celestes figuras de Santas Justa y Rufina, vírgenes sevillanas, que dieron la vida por su fe católica; pero le desconcierta, en cambio, la hipocresía de las «demivierges», que guardan sólo una doncellez material. La he dicho que no está bien que una señorita formal venga a la casa de un soltero; «que eso no está bien». Y ella me responde que está más segura conmigo que con nadie, porque yo soy orgulloso, altivo, y que precisamente mi orgullo y mi altivez son sus escudos mejores. En fin; que se me ha metido en el alma. En el alma y en la piel. Huelo una flor —¡oh esta inefable primavera de Sevilla!— y la flor me huele a ella. Dicen que Abderramán, en su paraíso cordobés, sentía de pronto la nostalgia de un amor imposible. ¿A mí me sucede igual? A instancias mías, Sol ha bailado y cantado en mi casa y sólo para mí...

—Sevillana... —le he dicho.

Y ella tiene razón. «¿Pero qué Sevilla quieren por ahí?» Sevilla es otra cosa distinta de eso que llaman folklore y pandereta. ¿Alegría? Bueno, diremos que sí. Pero una tierra donde la tristeza y el dolor son más dolor y más tristeza que en otro sitio. ¿No han reparado ustedes? Los mejores poetas de Sevilla han sido melancólicos. ¿Más dolor que Antonio y Manuel Machado? ¿Más amargura que Bécquer? Sol Sansores ha leído los versos de Al-Motamid.

—¿Lo ves? Y hace —¡qué graciosa su expresión!— un montón de siglos...

Todo un rey moro de Sevilla enamorado de una mujer... porque hizo un solo verso. Y aquella mocita árabe-andaluza llenó de alegría y de felicidad su vida de rey-poeta. No fué la hembra que está junto al hombre cuando al hombre le sonríe la prosperidad y goza del triunfo. Rompió azahares con él en noches venturosas, pero fué también la compañera fidelísima en el destierro, la que compartió con el perseguido los dolores de la persecución.

Yo no puedo ir al Alcázar sin acordarme de que entre sus auras vive aún el espíritu del rey poeta.

Sol Sansores me ha dicho:

—¡Quién hubiera vivido en aquellos tiempos!

Y lo curioso es que, por ser tan andaluza, tan oriental, tiene una idea superior de lo que es el pudor y la virtud. En una tarde densa y olorosa —esta sensualidad del aire que captó Santa Teresa—, he querido darle un beso.

—No. Todavía no te quiero lo bastante. La mujer que da un beso ha dado todo, toda su vida.

No se creerá. Pero yo aseguro que es verdad auténtica. Salgo mu-

chas noches de mi casa y voy hacia la calle donde vive Sol. «¿Qué estará haciendo en este instante?» Paseo la calle como era costumbre de Sevilla hace ya años. Ahora, no; ahora la oscuridad de algún «cine» facilita —¡qué pena!— los caminos del amor. Me ha sucedido que una de esas noches he sentido abrirse una ventana. Y han dicho mi nombre. «¡Javier!» Creedlo. Me recordó cómo me llamaba mi madre. Era Sol. «Te he visto pasear por ahí como un tonto, y he bajado». Da placer oírse decir tonto por una chiquilla tan linda, tan inteligente. Yo he tenido un poco de reparo al acercarme a su ventana. «Pero, hijo mío —me ha dicho ella— ¡tú no has leído «La Hermana San Sulpicio»?» Bromeó. Y me he clavado en los hierros de su ventanal en la calle de Santa Clara. El silencio era hondo. De vez en cuando llegaban a nosotros los pitidos de los trenes. La noche era ancha y profunda. ¡Cuántas cosas hablamos los dos! Me dolía el olor de su carne y me emborrachaba el clavel de sus labios, oscuros y resplandecientes en la oscuridad. Yo sentí la enorme tristeza de no ser más joven. No tener una juventud fragante y radiosa como ella. Pero a Sol sin duda la atraía el contraste, el valor de mi madurez, cansada, frente a su juventud en plétora triunfal. No sé por qué me dijo que Rubens —es muy leída esta chiquilla— se casó y fué feliz con una niña de quince años. Se lo agradecí de veras. Era como un paño mojado que pusiera sobre mi fiebre y mi amargor.

Luego, caí en la más trascendente y más importante de las preguntas:

—¿Te casarías conmigo, Sol?

Silencio. Brillaban las estrellas como puntas de plata. Era la madrugada solemne y divina. Dió el reloj de San Lorenzo tres campanadas. El reloj de mi niñez. Pasó un borracho cerca de nosotros sin hacernos caso. Era feliz a su modo.

Repetí la pregunta:

—¿Te casarías conmigo, Sol?

Una estrella fugaz, en aquel instante, rompió el azul negro de la noche de Sevilla...

—Me casaría contigo... Tú mandas en mí.

Hay que cerrar los ojos. Se oyen palabras en la vida que tienen una música extraterrenal. Parece como si violines maravillosos entrasen en nuestra alma. Siente uno que algo muy puro brota en el corazón. Yo sé que miré a los astros, que permanecían inmutables y fríos a nuestras cosas. Su mano ardía. La tomé entre los hierros. La besé aquella mano que era como un lirio. ¿Qué decir?

—Hombre, no es para ponerse triste —me dijo.

Y es que la ventura produce tristeza en el corazón.

De pronto, sin que ella lo esperase, he atacado a fondo. Sevilla no es demasiado grande para que se ignore lo que ocurre en ella. Sol Sansores tiene un pretendiente. Un muchacho joven, bueno, culto, con un

gran porvenir. Ha terminado la carrera de ingeniero hace tres meses. Es de familia distinguida y muy apreciada en sociedad. Parece ser que Sol Sansores no era antes muy indiferente a sus galanteos.

Se lo he dicho claramente.

—Es verdad, Javier; es todo verdad.

—Dicen que estabas dispuesta a casarte con él.

La menta de sus ojos se me ha metido muy adentro. Y ella ha dicho:

—Tal vez.

He debido poner la cara de un hombre en el patíbulo.

—Pero eso era antes, Javier; antes de conocerte a ti.

Sería el alba cuando me he separado de ella. Por la calle del Cardenal Spínola me he cruzado con dos religiosas. Dos Hermanitas de la Cruz. ¿Vienen, van a cuidar a un enfermo? Yo he sentido el pudor de mi vida de molicie, de mis pasos perdidos, de mi vegetar inútil en una sociedad llena de defectos pero que, de pronto, nos hace pensar en Dios ante unas pobres religiosas que, en el frío de la mañana, sin más gloria terrena que su suspirar por el cielo, se acercan al lecho del agonizante para derramar allí su paz y su caridad.

Y he sentido un poco de asco por mí.

IV

Mi editor me ha vuelto a escribir. «Haga usted una novela sevillana», me dice en su comunicación. No podré complacerle porque lo que este señor quiere es una novela a base de flamencos, adivinatoras, toreros y demás tipos folklóricos de una Sevilla que no existe. Habría que hacer una campaña a favor de la auténtica Sevilla. Desde luego los turistas vienen a esta ciudad y visitan los monumentos y los jardines; pero ¿y la otra Sevilla? ¿Se podrá negar que este barrio de San Lorenzo, tan señor, tan serenado, tan lleno de luz y de paz es auténtica Sevilla? Pasan ante mis ojos tipos que hubiera aprovechado el genio de los Quintero. Me extrañaría verlos por la calle de las Sierpes o por la Campana. Mujeres y hombres que parece que jamás salieron del barrio. Tienen un habla llena de eses y de ingenio y sus palabras van derramando luz por todas partes. Una de estas personas es mi criada. Cuenta más de setenta abriles y todavía se desenvuelve con agilidad y aún se clava una flor en el pelo. Fuerte tipo. Me dice que ahora no hay mujeres como en su tiempo, que todas están esclavizadas por el modernismo; y con las palabras más luminosas me hace un recuento de las cosas de ayer: el mantón de seda, el sombrero de alas anchas, que hacían de ellas y ellos una representación regional. En la forma de colocarse un clavel entre el pelo tiene esta vieja criada mía un gesto elevado, como una bailarina de Gades ante los amos de Roma.

Algo ha intuído mi vieja sirviente sobre los amores que tiene «su señorito».

—Santa Clara no cría yerba este año, señorito Javier—me ha dicho.

Y tanto. Porque ni una sola noche faltó a la cita. Advierto que me paso tiempo ante el espejo, que procuro alisar lo mejor que puedo mi alborotada cabellera, ya gris junto a las sienes. Pero, no. El tiempo es implacable. Advierto en la frente y en las mejillas los signos de la madurez. ¡Con qué renglones más firmes escribe la edad en las facciones! He de tomarme una copa de Jerez o de manzanilla para que mi corazón pueda ganar ese combate de la reflexión contra el optimismo. Y hasta se engaña uno al tiempo que se peina. «Todavía tengo tiempo de vivir».

¡Tiempo de vivir! Porque con Sol Sansores he* tomado un sabor profundo a la vida. Yo estaba enfermo de hastío. Viejo antes de envejecer, hastiado, pesaroso como un peregrino harto de caminar. Sol Sansores ha puesto en mi corazón banderas y luminarias. Su voz me refresca las sienes y su presencia me lleva al optimismo. Estoy bien enamorado esta vez. Y cuando vuelvo por la noche, luego de la charla prolongada tras su reja, ni quiero mirarme al espejo. Ahora comprende uno la tragedia de Fausto. Y ahora daría no sé qué, diez años de vida, porque entre Sol y yo no existiese la diferencia de edad. Ella, casi veinte abriles; yo casi cincuenta años. ¿No es ridículo ésto? ¡Y qué pena saber que el amor no puede olvidar la cronometría y que por enamorada que esté nuestra alma, el cuerpo ha de ir de acuerdo con nuestra pasión! Ayer he pasado aviso a un viejo amigo médico. Noto a veces unos síntomas que no me gustan. El buen doctor amigo, al que hace diez años no veía, ha venido a casa y me ha hecho un reconocimiento formal.

—Hay algo que no marcha aquí— he dicho sonriendo.

Me ha medido la presión. Ha hecho después una auscultación meticulosa.

—El corazón...

Sí, ya lo sé: el corazón. He gozado y he sufrido tanto, que no es extraño. Al corazón lo matan las delicias y los dolores. He aquí que tengo renombre, hasta un poco de dinero, cuando de poco puede servirme ya. Simulando una fortaleza de que carezco le he pedido al doctor que no me oculte su diagnóstico. «Puede ser cosa de cuidado», me ha dicho. Y ha agregado, compasivo: «Puede usted vivir más de veinte años».

¡Veinte años! La edad que tiene Sol. Y ahora estará entre sus sábanas frescas, virgen y pura, tal vez pensando en mí. ¡Veinte años! Es decir: cuando ella nacía iba yo camino de la treintena. He abierto la ventana que da frente a la iglesia de San Lorenzo. «Señor, ¡por qué! ¿Por qué has hecho que nazca yo tan adelantado a ella, y por qué yo me he de desligar de una ventura que tengo entre las manos?» Porque esa es la verdad. Me han emborrachado los claveles, las luces, los colores, las incipientes fuerzas de la primavera de Sevilla. Yo vine aquí, nuevo y pródigo

hijo, en busca de silencio y de paz. Viví unos días entregado al ambiente sedante de este barrio silencioso de San Lorenzo. Bécquer era mi amigo, mi amigo espiritual. Yo le «veía» ir, con los ojos del ensueño, por esta plaza recoleta y elegante, y por estas calles que aguardan siempre con castidad de claustro. ¡Y Sol! Se me ha metido en el alma como ese rayo postrero que viene del sol moribundo desde la otra ribera del Guadalquivir. Y con Sol me han hechizado los aromas, los patios dormidos, los ocasos de seda, la armonía toda de esta tierra de privilegio.

¿Y habré de renunciar? Yo me hago la pregunta y no quiero contestarme. ¿Habré de renunciar?

Seguramente que el mundo consideraría mi casamiento una locura. ¿Y qué le dirán a ella de mí? «Es muy viejo para tu edad», seguro que le han dicho. ¡Qué grande, sin embargo, su amor! Porque si algo le hablaban, ella no paró mientes; se muestra enamorada y tan cariñosa que me hace olvidar...

—O me caso contigo o me voy a un convento...—me ha dicho una noche.

¿Qué ha encontrado en mí esta chiquilla preciosa? Pero lo cierto es que he hallado en ella la mujer ideal. Quizá esté bajo el influjo de esta Sevilla de excepción, en la que hasta el amor tiene grandezas ideales. Lo cierto es que Sol me ama. Hoy me ha dicho que su padre —veleta tornadiza— le ha hecho unas indicaciones «prudéntísimas» sobre su edad y mi edad. Creo que, sin oponerse a nuestro idilio, se inclina con simpatía por un casamiento en mejores condiciones para sus años.

—Con Manolo de Llanos, ¿no es cierto?

Es un muchacho excelente. Ha terminado con brillantez la carrera de ingeniero. Siempre estuvo enamoradísimo de Sol. Buena figura, dinero; lo tiene todo. Es bien difícil luchar con él.

Cierto que yo le aventajo en otras cosas. Mi nombre de literato casi rebasa las fronteras. Tengo conversación sugerente y brillante. Una experiencia de hombre de mundo. Pero no tengo veinticuatro años como él.

Veinticuatro años. ¡Qué daría yo por cambiarme por él! Nadie sabe lo que representa este martirio de ver que la vida se nos va... Anoche estuve cerca de la Giralda, después de hablar con Sol. Tenía una gran inquietud. Caía el agua de la fuente de la plaza —de la plaza de la Virgen de los Reyes—, y su sonido, en la noche, se me antojaba una elegía. ¿Quizá una pura «kasida» de Al-Motamid?

La Giralda, tan bonita. Yo no sé que tiene esta torre ejemplar. Dicen algunos que su arquitectura tiene defectos. Bueno. También es un defecto en el rostro de una mujer un lunar y constituye un encanto más en su figura. ¡La Giralda! Novia del mundo y del cielo estrella, alfil de gracia bajo el cielo de Sevilla. Con razón —y era entonces sólo alminar altivo— amenazó el príncipe hijo de San Fernando con degollar a todos los moros de la ciudad si tocaban a una sola piedra de la gentil estruc-

tura. Y ella, ¡ay!, ella no envejece. Siempre la misma. Siempre graciosa, esbelta, femenina, con su atractivo y sugestión de mujer con gracia. No envejece la torre y nosotros —pensaba yo— pasamos como ráfagas. Ella contempló hazañas y alegrías, amores y desgracias, ensueños y placeres. Y ahí está, siempre igual, siempre expresiva, con las azucenas de su altura proclamando eternamente el hechizo de Sevilla.

V

Paseo todas las tardes por el barrio. Cerca de casa hay un centro cultural de gran simpatía. Vienen a él para dar conferencias los escritores más distinguidos. A la tarde, colócanse sillones a la puerta y desde ellos brincan el piropo, el donaire y la broma aguda. Aquí sí que se encuentra a la Sevilla verdad. Son atardeceres espléndidos bajo esta luz única de Sevilla. Yo me distraigo escuchando a estos sempiternos habladores que matizan su conversación con hipérboles poéticas. ¡Qué razón tenía Joaquín Álvarez Quintero al decir que para desentrañar el corazón de Sevilla era preciso visitar sus barrios y escuchar «lo que dicen los niños»!

Sigue mi idilio con Sol Sansores. Juntos hemos ido al Rocío, que es la más prodigiosa romería del planeta. La he visto bailar «sevillanas» y la he escuchado cantar unos fandangos con el mejor estilo del Alosno. ¡Qué guapa! Había yo visitado días antes la gruta de Aracena. Prodigio de la Naturaleza y maravilla de una fantasía natural, superior a los sueños! Pues en aquellos salones de prodigio hubiera estado en su centro Sol Sansores. ¿No era digna ella de un palacio de cristal? Me tenía hechizado. Me atraía su castidad bella y su hermosura inteligente. Hielo y piedra, como aquellas sorprendentes estalactitas silenciosas que yo admiré en la Gruta de las Maravillas, tesoro del mundo. Pero a la vez fuego y pasión, como una de aquellas rosas que mi vieja sirvienta, sabiéndome muy amante de las flores, cortaba en mi jardín y ponía en un vaso sobre mi mesa.

Todas las noches —¡qué verano más encantador!— iba a la reja de Sol. Llegaba yo cuando sonaban las diez en el reloj de San Lorenzo. ¡Oh, qué silencio en las calles de este barrio singular, que es algo así como ese filo de la playa donde las olas se remansan! Cerca quedaba la Alameda, con sus cafetines y sus coimas; el cuadro de color de la Europa, plena de tipos interesantes y castizos; la plaza de la Gavidia, con su aire militar del XIX y un eco romántico de valsos y de canciones de rueda. Llegaba yo al ventanal de mi cariño, y al abrirse los cristales, yo diría que se me inundaba el alma de sol. ¿Me acordaba de que había cumplido ya los cuarenta y ocho? Todo se me escurría en el pensamiento cuando ella se sentaba tras el ventanal y me recibía con su frase de siempre:

—¿Qué hay, escritorcito?



Su padre había regresado de Londres y ella le había dicho de nuestros amores. No había oposición. Me conocía de nombre. No en vano ha escrito uno doce o catorce libros que han dado la vuelta a España. Lo que no podía sospechar el padre de Sol es que yo había tenido relaciones con su esposa, y el destino quiso que ahora fuese el novio de la hija.

La noche se extendía ante nosotros con un embrujo sevillano. Dormidas las acacias en los jardines, nos ofrecían su olor. Sol cambiaba todas las noches su ramito de jazmines y yo me lo llevaba como un preciado tesoro, como una reliquia. Luego, sobre mi almohada, los jazmines me impregnaban de su aroma y me parecía que estaba junto al cuerpo de Sol.

Me hizo contar una y cien veces mi historia de viajero infatigable y taciturno. Le encantaba escuchar. Yo le referí mis andanzas por el mundo, y lo que más impresión le hizo fué mi visita a Castilla, mi elogio de la Catedral de Burgos; mi entusiasmo ante aquella Nuestra Señora de la Blanca, en el templo catedralicio de León. Era la de la Virgen una sonrisa de siglos, allí con su Niño en brazos, frente al sol que la dora por la tarde.

Sabiendo mi adoración por Sevilla, me hacía contar una y otra vez las leyendas sevillanas. Como Toledo, Sevilla tiene un riquísimo apedotario en su callejero. ¡Lástima que la mayoría de los naturales sean ajenos a tal tesoro de historia y poesía! Le impresionó la historia de la bella judía sacrificada por su padre en el barrio de Santa Cruz. Amaba a un cristiano y esto le costó la vida.

—Sólo por Dios y por el amor —me dijo— ha de darse la vida. ¿Verdad, escritorcillo?

La dejaba en asombro mi fervor por la Giralda. Le admiraba mi cariño por la torre que es símbolo de Sevilla. Le expliqué cómo la torre se había levantado para conmemorar un éxito de los moros sobre los cristianos y cómo, por designios de la Altura, había terminado en expresión cristiana. Su historial estaba también lleno de poesía. Le hablé de aquel capitán que, en visita de Isabel de Castilla, hizo peligrosos equilibrios sobre un madero, extendido al aire, desde una de las balconadas de la torre... La Giralda, agregaba yo, era, además, una torre mujer, una torre que seducía, que enamorada, y ¡pobre del que cayece bajo su hechizo! Era, a fin de cuentas, una mujer de Sevilla.

Una llamarada de ironía brilló un instante en los ojos de Sol.

—Y, ¿a quién quiere esa «mujer»?

Acariciaba un jazmín entre sus dedos, y yo no sé decir quién tenía más bláncor, si su mano o el jazmín.



—¿A quién?—dije a mi vez, por decir algo.

Ella miraba, irónica, sonriente.

—A nosotros. A los poetas, a los escritores, a los soñadores eternos de Sevilla. La Giralda es la novia ideal de todos los sevillanos; pero sobre todo de los sevillanos que hacen versos y que sueñan con un mundo distinto a la vulgaridad. Sol, no te extrañe lo que voy a decir: que le echamos piropos. Ponle un velo a su campanario y será una Zoraida, o una Raquel. Es garbosa —como tú, Sol, como tú— y tiene para nosotros una mirada y una sonrisa. ¿Verdad, Solita mía, que no le falta más que la mantilla? —argumentaba yo.

El Alcázar le producía no sé qué admiración temerosa. Doña María Coronel. Doña María de Padilla. La sombra juvenil de aquel mujeriego que fué el Rey Don Pedro... Decía que el Alcázar estaba impregnado de tristeza. El dolor quizá de tantos dramas del que el Rey casquivano había sido protagonista. Y otra vez mi sevillanismo fanático encontraba la disculpa. «Aquel Rey estaba embrujado por la enorme sensualidad de Sevilla; vivía prisionero de los encantos sensuales de la mágica ciudad».

La escucho y me oye con delectación. Yo, encantado con sus agudezas de auténtica sevillanita; ella dominada por mi experiencia y mi saber. Pero comprendo que entre los dos hay un río infranqueable: la diferencia de edad. Yo recuerdo que un escritor levantino llamó a la gloria artística el «sol de los muertos». ¿Y no era un sol así este entusiasmo mío, hombre ya maduro, con una chiquilla de veinte años? ¿A dónde habría de llevarnos esta inconsecuencia? Desgraciadamente el amor humano vive de las arterias. ¡Ya me comprendéis!

VI

¿Se quejan muchos del calor de esta ciudad? Yo encuentro que el verano en Sevilla tiene sus encantos. Lo que ocurre es que ahora no se sigue en la construcción —por necesidades de los tiempos— las viejas normas que nos dejaron los musulmanes. Pero imaginad una Sevilla antigua, con sus callecitas estrechas, sus interiores frescos, sus jardinillos particulares. Toda blanca y verde, que es la bandera de Sevilla. Con fuentes que chorrean su musiquilla sutil. En este barrio de San Lorenzo queda aún algo de aquel pasado moruno. La casa que habito es como una blanca copa de silencio. Con las horas más fuertes de sol, es un remanso. Dejo echadas las persianas verdes de mi despacho y desde la butaca, en casi sombra, me entretengo con el juego de la agria luz de la calle labrando en las rendijas caprichos de sol. Del jardín de la casa me llega el rumor del agua. Me traslado con la imaginación a aquellos años de 18... cuando Bécquer, casi un niño, vivía en Conde de Barajas, 26. ¿Qué soñaría Bécquer en esta latitud de las horas de Sevilla? ¿Qué pensaría al

escuchar las graves gotas sonoras de la campana de San Lorenzo? Le llegaría, como a mí, este vaho impreciso de flores y de ladrillos recién aljofifados.

Medito mientras sueño, o sueño mientras medito. Por vez primera en mi vida siento que soy un poco feliz. Una calma exterior me llega hasta el alma, y me sonrío al pensar que dentro de poco escucharé el tintineo del vendedor de velones de Lucena, que pasa siempre a la misma hora bajo mi balcón. ¿Y Sol? ¿Qué hará en estos momentos? Lo que ella ignora es que de su vida en flor y de nuestro idilio yo estoy escribiendo una novela, y Dios solamente conoce el final. Una novela. Porque lo de Sol y yo, bien pensado, no puede ser otra cosa...

La campanilla de la cancela suena de pronto alegre e infantil, y el cartero me trae correspondencia lejana. Ivonne me escribe desde París. (Algún día escribiré de esta francesita que entró en Sevilla riendo y salió de aquí llorando). Ivonne se extraña, como todos los amigos del viejo café de Montparnasse, de este prolongado vivir mío en Sevilla, y de que no dé señales de un pronto regreso. El francés de Ivonne es muy literario, y los plieguecillos rosa traen un perfume que ella diría «charmant»; exquisito, y agudo como un estilete. Se admira de que «posiblemente» me case aquí. Pide le mande fotografías de Sol, con mantilla o con traje de volantes. Lo que Ivonne ignora es que Sol es más guapa de lo que se figura.

Sobre la mesita, junto a la butaca, el librito de las «Rimas».

¿Qué secreto impulso me lleva a abrirlo de nuevo?

*"Cerraron sus ojos
que aun tenía abiertos..."*

¿No era un sevillano auténtico Gustavo Adolfo? Pues por eso su fondo de mortal melancolía. Para él Sevilla no era la pandereta, no. Aunque dicen que llegó a hacer hasta críticas taurinas, no se puede uno imaginar al cisne sevillano con un sombrero ancho y un puro, en los toros. Su Sevilla, por más profunda, era más verdad. Ni en «Maese Pérez» ni en «La Venta de los Gatos» hay tipismo de ese que nos ha hecho tanto daño. Y Bécquer gustaba de este barrio de San Lorenzo porque para él representaba en gran parte la espiritualidad de su Sevilla. Las ciudades, como las civilizaciones, van en dirección del sol, en busca de su oriente. Por eso este barrio quedóse así, como anclado en la luz prodigiosa de sus calles, en el silencio de su aislamiento feliz.

A la tarde he dedicado un rato a corregir las pruebas de un pequeño libro mío sobre temas sevillanos. He querido que mi librito —breve, como los quería hacer siempre aquel ateneísta ilustre y poeta maravilloso que se llamó Alejandro Collantes de Terán—; he querido que mi libro, insisto, sea un espejo donde reflejar algunas facetas de la ciudad adorable. He

detallado un festejo hispalense que, entre todos los valores nuevos de arte y de finura espiritual, tiene ya en el tiempo y en la vida local una trascendencia enorme: la famosa Cabalgata de Reyes Magos. ¡Qué maravilloso sentido de la caridad! ¡Envolvería en galas de ilusión, aderezarla con garbo insuperable, dotarla de un refinamiento artístico y espiritual de parangón imposible! Se ha hablado, se ha escrito lo incalculable sobre la Sevilla de la Semana Santa y la Feria, únicas en el mundo. Y de la Cabalgata de los Reyes se habrá de escribir también y mucho, porque el singular desfile —que podrá imitarse (yo lo he visto en media España)— se va haciendo clásico, se va enriqueciendo con la pátina del tiempo, estilizándose y formando, como todo lo de Sevilla, una personalidad aparte. Yo creo que la sombra de aquel gran poeta que fué José María Izquierdo —triste como Bécquer, fino como Bécquer— se sentirá satisfecha de los albaceas entusiastas que siguen su camino. Y lo más bello de todo es que Sevilla ha sido la primera ciudad del mundo que supo convertir la caridad en flor.

Otra de las facetas sevillanas que más impresionaron mi retina y mi sensibilidad ha sido el mes de mayo, el mes de María. ¿Habéis reparado en eso? ¿Qué otra ciudad festeja así, con tanta gracia y belleza, el mes de la Virgen? Procesiones deliciosas parecen los altares cuajados de flores, de estas flores de Sevilla sembradas para nosotros, no para exportación. Brillan las aras como joyeles, y la cándida hermosura de la Sin Mancha se mete en el corazón y siente unas ansias de ser más bueno.

Y el Rocío. Yo no olvidaré nunca la impresión de aquel escritor fino, muerto un año después en Rusia, que se llamaba Enrique de Sotomayor. El era vasco, de Bilbao; acostumbrado al cielo de pizarra y a las romerías (es por cierto magnífico el folklore vasco) de su tierra de tenacidad y de tradiciones. Y fué al Rocío. No podía imaginar que el fervor del pueblo pudiera convertirse en tan juncal y simplista alegría. Volvió embrujado. El contraste le había producido asombro. No podía sospechar que rodeada de arenales africanos surgiera, pura y diamantina, cándida y graciosa, rosa tan pura. Ni que la poesía del pueblo pudiera inventar los madrigales más bonitos, dichos, por hombres elementales, con una salvaje grandeza que se convertía, por el amor a la Señora, en palabra de mil luces y en miel de requiebro. El poeta se llevó a Rusia una medallita de la Blanca Paloma. ¿Dónde estará la Celeste imagen, Ella, nacida en tierras de fuego, tan distinta de los viejos iconos bizantinos? Tal vez bajo la nieve, sobre los huesos de un español de pro...

A la noche me he sentido muy mal y he tenido que llamar al doctor. Le mandé unas líneas a Sol con mi fiel sirviente. Vino el médico y me recetó unas cosas. Recomendó reposo y abstinencia absoluta de alcohol. En sus embalajes de joyería, los medicamentos no dirían a otro nada. A mí me han dicho mucho. Siempre tuve curiosidad por la medicina.

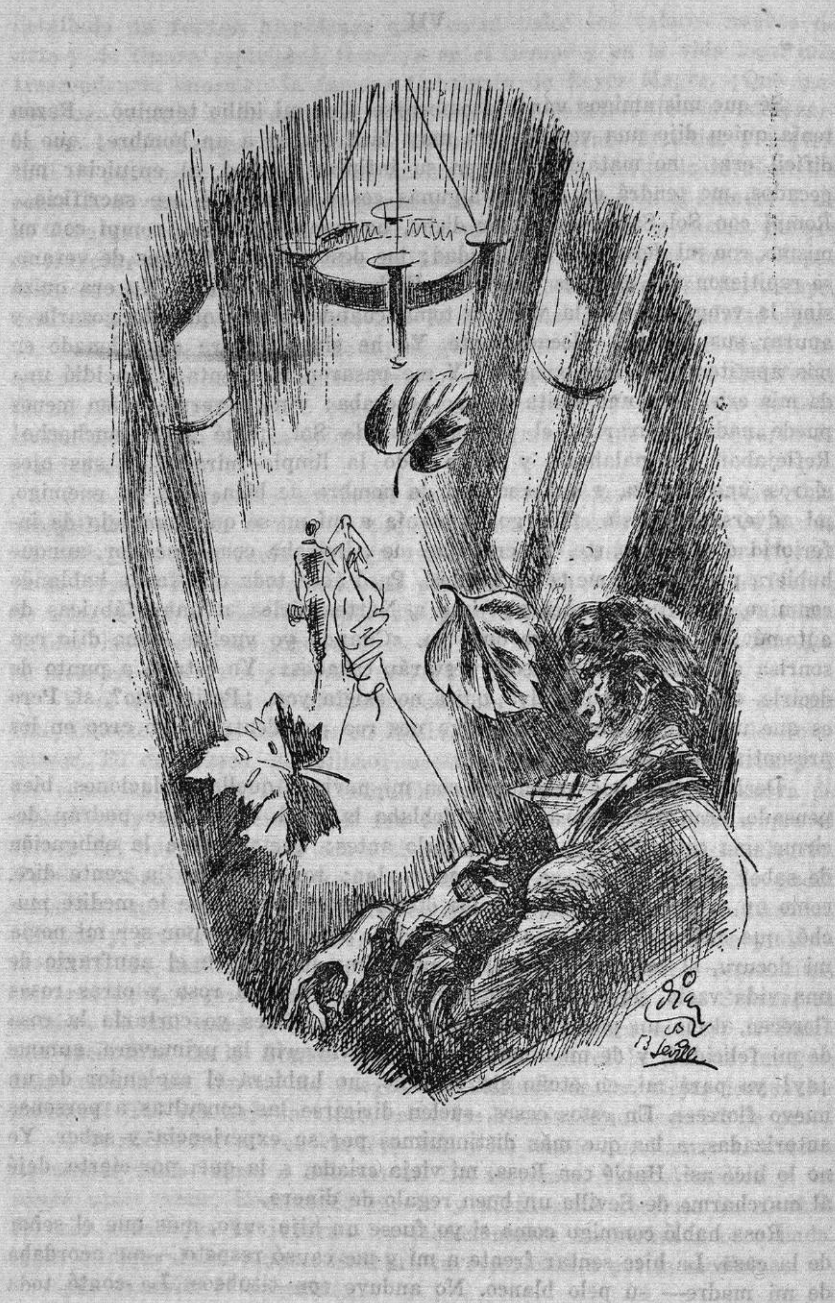
¡El corazón, el corazón!...

VII

Sé que mis amigos van a asombrarse. Que mi idilio terminó... Razón tenía quien dijo una vez que era muy fácil matar a un hombre; que lo difícil era... no matarle. Dios en su infinita bondad, al enjuiciar mis pecados, me tendrá en cuenta algunas cosas buenas. Y ese sacrificio... Rompí con Sol Sansores. Mejor dicho, no rompí con ella, rompí con mi mismo, con mi derecho a la felicidad; me destrocé yo. A fines de verano, se repitieron mis ataques cardíacos. El barco hacía aguas. No era quizá sino la venganza que la vida se toma cuando hemos querido gozarla y apurar sus paraísos alocadamente. Yo he sido siempre desordenado en mis apetitos y en mis pasiones. Y me pasaron la cuenta. Coincidió una de mis crisis con una visita que no esperaba: vino a verme quien menos puede nadie figurarse: el pretendiente de Sol. ¡Qué gran muchacho! Reflejaban sus palabras, y sobre todo la limpia mirada de sus ojos claros, una nobleza y una rectitud de hombre de bien. Era mi enemigo, mi adversario, y, sin embargo, le atraía a mí no sé qué complejo de inferioridad por su parte. Yo creo que me admiraba como escritor, aunque hubiera podido odiarme como hombre. Pasó aquí toda una tarde hablando conmigo. Me dijo que pensaba irse a Norteamérica, a unas fábricas de automóviles, como ingeniero que era. «Cuando yo vuelva —me dijo con sonrisa de amargura— ustedes «estarán casados». Yo estuve a punto de decirle. «Cuando usted vuelva, quizá no exista yo». ¿Pesimismo?, sí. Pero es que uno siente a veces que algo nos roe por dentro y yo creo en los presentimientos de las cosas.

Decidí cortar mis relaciones con mi novia. Aquellas relaciones, bien pensado, eran una locura. Yo le doblaba la edad. Claro que podrán decirme una cosa: que yo debí pensarlo antes; que yo tenía la obligación de saber que la cabeza se lleva para algo; todo eso que la gente dice, como un «slogan», al juzgar a los otros. Lo cierto es que lo medité mucho, que medí las cosas una a una y que, precisamente por ser mi novia mi docura, el sol de mi madurez, mi último madero en el naufragio de una vida vacía, yo debía sacrificarme. Se corta una rosa y otras rosas florecen, decía un poeta árabe hace ya siglos. Pues yo cortaría la rosa de mi felicidad, y de mi amor, y otra vez volvería la primavera, aunque ¡ay! ya para mí, en otoño sin remedio, no hubiera el esplendor de un nuevo florecer. En estos casos, suelen dirigirse las consultas a personas autorizadas, a las que más distinguimos por su experiencia y saber. Yo no lo hice así. Hablé con Rosa, mi vieja criada, a la que, por cierto, dejé al marcharme de Sevilla un buen regalo de dinero.

Rosa habló conmigo como si yo fuese un hijo suyo, más que el señor de la casa. La hice sentar frente a mí y me causó respeto —me acordaba de mi madre— su pelo blanco. No anduve con titubeos. Le conté toda



mi historia. Luego le pedí consejo. ¿Qué debía yo hacer? ¿Debía seguir mi noviazgo un poco absurdo y llegar hasta el fin? ¿Qué debía hacer?

Yo creo que me miró con lástima. Cosas de la vida. Uno acostumbra a que personas de viso le elogien y le admiren, y he aquí una pobre mujer sencilla que ni adula ni se entrega...

—Rosa, ¿qué debo hacer?

El día de otoño ha caído ya sobre la ciudad. Quedan en el aire unas violetas del crepúsculo. Debe haber función religiosa en San Lorenzo porque la campana suena llamando a los fieles ¡Y de dejarlo todo, Señor! Me aterra pensar que podré morirme por ahí, lejos de estos cielos y estas cosas que acunaron mi infancia.

He reiterado la pregunta.

—Rosa, ¿qué debo hacer?

Mientras me responde se lleva mi atención un grupo de niños que, en el centro de la plaza, rodean al barquillero. ¡Qué ilusión cuando sus deditos inocentes hacen girar la rueda de la suerte! Si todo fuera así...

Los faroles del retablo del Gran Poder se han encendido.

—«Yo me iría, señorito Javier. Usted me perdonará; pero yo le quiero de veras y no debo engañarle... La señorita Sol es demasiado joven para usted...

¿Cómo decirle a esta buena mujer anciana las complicaciones espirituales de uno? ¿Cómo rebatir su duro pero formidable argumento con citas eruditas? ¿Para qué hablarle de que un genio, como Goethe, fué adorado por muchachas que pudieron ser sus nietas?

Eso muy bien que está en los libros. Pero la vida es otra cosa. Pena que el amor, el más sublime de los sentimientos, esté supeditado a fechas, a tiempo, a cronología.

No contesté. Toda la melancolía del hermoso crepúsculo gravitaba sobre mí. Tenía razón la vieja sirvienta. Yo era como aquel crepúsculo y mi vida era ya un tibio anochecer. Debía dejar el camino abierto para la claridad del alba.

Aquella noche no cené, no probé bocado; ni fui tampoco al lado de mi novia. Pensé escribirle una larga carta, con larga literatura. ¿Para qué? Además, los escritores no sabemos escribir bien cuando hay que escribir nuestra verdad. Estaba dispuesto a marcharme. Yo sé que este acto mío le produjo a Sol inmensa amargura. Quizá ella nunca llegará a saber la verdad, o quien sabe si al leer este libro —tal vez el nombre del autor la haya hecho comprarlo— comprenderá la clave de mi secreto. Yo me sentiría feliz. Eso me compensaría de todo lo que sufro.

Tomé el expreso de Madrid al día siguiente. Nada de cartas explicativas. Fui un fugitivo. Bebí más que de costumbre, contra los severos consejos del médico. A Rosa le dejé, como persona de confianza, un encargo solo: que llevase a manos de Sol mi dorado libro con las «Rimas» de Bécquer. Recuadré con lápiz rojo cuatro versos del poeta. ¿Sol, me

comprendería? Bécquer lo dice todo. El gran poeta sería el mejor intérprete de mi actitud.

Sólo cuatro versos señalé, en recuadro, con lápiz carmesí. Eran toda mi vida.

*"Si quieres conservar una muy dulce
memoria de este amor,
amémonos hoy mucho, y mañana
digámonos adiós..."*

VIII

Antes de irme de Sevilla fui a poner unas flores en la tumba de mis padres. ¡Cementerio de Sevilla! El devoto Cristo de la glorieta central me hizo pensar en aquel malogrado artista sevillano que fué Antonio Susillo. Quizá en su fin trágico hubiera un dolor de amor... ¡Cristo del Cementerio! ¡Sabéis que la musa del pueblo le puso otro bello nombre? «El Cristo de las Miele». Sólo en Sevilla se pueden dar conceptos así y tan altas calidades poéticas. ¡Cristo de las Miele! No saben muchos que en la garganta del sublime Mártir hicieron un panal las abejas, y cuando llegaba la primavera, de los labios exangües chorreaba el oro de la rubia miel...

En París recibí la noticia de que Sol Sansores se casaba. Era lo natural... Yo siempre he procedido por impulsos. Tomé el expreso de Irún. De allí a Madrid. Luego, en avión, a Sevilla. Llegué la noche antes del casamiento. Me pareció que Sevilla toda tenía la misma tristeza que llevaba yo. Era excéntrico y absurdo mi viaje, pero «quería verla», verla como ella hubiera ido conmigo en la mañana nupcial. Fríos son los hoteles, aunque sean de lujo, cuando uno lleva el hielo del hastío y el desencanto. Toda la noche la pasé en vela. Bajo el balcón charlaban los cocheros y los conductores de los taxímetros. ¿Qué sabían ellos, pobres gentes sin complicaciones, de aquel escritor que venía de millares de kilómetros a beber por voluntad propia su trago de hiel? Era mayo y los jardines remitían su seducción de mujer. Del río, a la madrugada, llegó un aire fino que intentó refrescar mi frente. Yo pasé la noche con los ojos clavados en la nada, como en el verso de Bécquer:

*"mudo, sombrío, la pupila inmóvil
clavada en la pared..."*

Fuí a San Lorenzo cuando yo calculaba que la ceremonia del enlace de Sol Sansores habría empezado. El casamiento se celebraba ante la divina imagen del Gran Poder. Las cosas: yo entré en la iglesia como

si fuera un delincuente, procurando que nadie me viera, que nadie reparase en mí. No voy a negar que estaba emocionado, y trémulo, y que, como en el verso de Gustavo Adolfo, al verla ante el altar, y a su lado aquel joven ingeniero que la desposaba, yo sentí que se me partía el corazón; y que allá dentro, muy dentro —mezcla de envidia, de celos, de pasión y de inutilidad — yo sentí el frío

"de una hoja de acero en las entrañas"

¡Qué guapa estaba la que pudo ser mi mujer! Su perfil se recortaba en aquel aire denso, amarillento de cirios rituales. Blanco traje de novia realizaba su morenez preciosa. ¡Sol! A punto estuve, como un pobre insensato, de gritar, de dar voces, de reclamar en nombre de mi alma aquel cuerpo y aquella vida que se me iba. Secos los labios, dolientes las pupilas, febril y angustiada el alma, ví toda la ceremonia. Cuando «él» puso el anillo sobre la blancura de su dedo señorial, yo creí morir. Y yo, yo también recibí, al igual que «ellos» el signo de bendición, la cruz de Cristo que enlazaba para siempre sus almas y sus labios.

Salí de allí. Era el mes de mayo, y todo en Sevilla sonreía. Me dolía muy dentro que Sevilla no estuviese triste como yo. Un grupo de niños salió a mi encuentro pidiéndome una *limosnita para la "cruz" de mayo*. ¿Y quién tendría, Dios mío de mi alma, una flor siquiera para mi cruz?

Me perdí por la calle del Conde de Barajas, en busca del centro de Sevilla. Iba como loco.

Buscaba el centro de la ciudad, como luego buscaría a España, al mundo...

¡También mi gran dolor era una «Rima»!

JULIO ESTEFANIA.

Madrid-Sevilla, mayo 1953.

El Excmo. Ateneo de Sevilla otorgó a esta novela uno de los premios ofrecidos para la *Fiesta de la Primavera* por la Excmo. Diputación Provincial (Patronato de Cultura). Para hacer honor al esfuerzo de los autores premiados, se inserta aquí uno de los originales.

